

IX

DIÁLOGO (*)

Yo.— Dices en tu libro que las hazañas de don Quijote han de acogerse con admiración o con risa.

Cervantes.— Es cierto. Mi pobre don Quijote es un mártir...

—Permíteme que te interrumpa. ¿Qué clase de admiración es la que solicitas para don Quijote de un lector al que no le produzcan risas sus locuras?

—Mira. Don Quijote es un ser que nació, como Cristo, para sacrificarse por el bien de muchos. Es, por tanto, a su manera, un mártir. Yo necesitaba para conseguir mis propósitos un hombre loco, un ser que hiciera el ridículo, del que se rieran las gentes a boca llena. Ese tipo es don Quijote. Yo me conduelo a veces de él, y créeme que el haberle dado vida me lleva proporcionados muchos disgustos íntimos. Porque una vez publicada mi historia vi cuán grande era la figura quijotesca, y me dolía en el alma haberla rodeado de locura y de ridículo. Pero reacciono siempre ante este dolor anímico que solamente es una estéril sensiblería. Doy por bien creado a don Quijote, y me parece que para comprenderlo es necesario admirarlo unas veces y reírse de él otras.

—¿Pero admirarlo por qué?

—Por lo que antes dije: Se sacrificó por el bien de muchos.

—¿En qué consiste ese sacrificio?

—En hacer locuras y convertirse en un ser grotesco para que las gentes olviden los malsanos libros de caballerías.

—¡Hombre, hombre! Entonces don Quijote es un muñequito de trapo que tu cerebro maneja con habilidad.

—En efecto, algo tiene de muñeco.

—Pues no veo yo el sacrificio por parte alguna.

—¡Claro! Una creación de la fantasía no debe despertar admiración por los hechos que *uno* le impulsa a realizar. ¿No es eso lo que quieres decir?

—En efecto. Algo de eso es. Pero de otra manera. Tú no comprendes a don Quijote, querido Cervantes. Habéis estado siempre muy juntos, muy juntos, casi pegados uno a otro. Ahora bien: la estatura de don Quijote es susceptible de crecimiento. La tuya no lo es. Y don Quijote ha crecido mucho, tanto que los que estuvieran junto a él cuando nació no alcanzan a ver su cabeza. Hay que apartarse y elegir las perspectivas adecuadas para la visión.

—Ya me van fastidiando las cosas que veis y queréis sacar de don Quijote. Este libro que estás haciendo no es más que un cúmulo de «cerebrosidades» que se pueden aplicar lo mismo a don Quijote que a otro héroe cualquiera. Hablas de su «intimidad», de una «vida quijotesca» vedada a las visiones de los hombres. Todas estas cosas son solemnes vaciedades que engendra vuestro siglo enfermo. Y perdóname si te digo que no hago caso de ellas. A mi ver, debíais esforzaros en hacer obras que duraran siglos, como si don Quijote —el mío, no el vuestro artificial Quijote—, y dejar estas chismorrerías intelectuales que os entretienen.

—Es muy natural que te fastidien nuestros ímpetus semirevolucionarios. Pero es muy posible, no lo olvides, que sin estas interpretaciones y estos estudios tu Quijote muriera, como morirás tú sin duda. Nos es imposible proclamar obra genial a un libro que tiene por único objeto satirizar y combatir las historias caballerescas. Hace mucho tiempo que esas historias no interesan a nadie. Pero nosotros conservamos el Quijote porque de él extraemos puros valores de genialidad, muy independientes de tus propósitos. Decimos que la vida de don Quijote es una gran metáfora, y admitimos, sin vacilaciones ni dudas, la existencia de un mundo suyo, donde tengan realizaciones plenas todos los reflejos metafóricos de que se alimenta entre los hombres. Nuestra admiración, pues, tiene como sostenes columnas de más seria base que la admiración predicada por ti, ya que ésta se funda en presentarlo como un mártir que entregó su cordura por el bien de muchos.

—Luego tú crees que no se debe admirar a los mártires o a los que se sacrifican por el prójimo.

—Eso mismo. Pero no es ésta la cuestión que tú nos planteas con don Quijote. Admirando a don Quijote de la forma que tú quieres que se le admire, o por lo que tú quieres que se le admire, no admiraremos a don Quijote, sino a Alonso Quijano, al que tú llamas mártir. ¿Me entiendes?

—Sois el mismo diablo. Eso que tú dices es verdad.

—Y cuando se admira a un mártir, se desprecia a su verdugo. Este verdugo, en nuestro caso, eres tú. Y una de dos: O lo que te impulsó a sacrificar a don Quijote —digo a Alonso Quijano— es un gran motivo (1), o no lo es. En el primer caso, no debes solicitar admiración para don Quijote. En el segundo caso, cometiste un crimen: Para satirizar los libros de caballerías —mal menor— volviste loco a Alonso Quijano —mal también menor, pero que tú pones por encima del otro mal.

—Me desconciertas sobremanera.

—A eso voy: a desconcertarte y hacerte ver que todas tus simpatías son para Alonso Quijano, hombre de ficción **[que es tan padre de don Quijote como San José de Jesucristo, utilizando para símil una ficción de tantas ficciones como nos ofrece la inmensa ficción de donde están obtenidas las sagradas historias. (2)]**

— ¿También ateo?

— **De todo un poco amigo Cervantes].**

Nota

(1) Esto es, superior o inferior a la simpatía que pueda despertar Alonso Quijano.

Nota del editor:

(*) Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

(2) En la 1ª edición, el párrafo decía lo siguiente: —A eso voy: a desconcertarte y hacerte ver que todas tus simpatías son para Alonso Quijano, hombre de ficción, que no es padre de don Quijote.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Quijote_013